

Las cualidades del maestro

Lorenzo Milani

Con frecuencia me preguntan los amigos cómo hago para llevar la escuela y cómo hago para tenerla llena. Insisten para que les escriba un método, que les precise los programas, las materias, la técnica didáctica.

Equivocan la pregunta. No deberían preocuparse de cómo hay que hacer para dar escuela, sino sólo de cómo hay que ser para poder darla.

Hay que ser... No se puede explicar en dos palabras cómo hay que ser, pero acabad de leer todo este libro y, tal vez, luego comprenderéis cómo hay que ser para hacer una escuela popular.

Hay que tener las ideas claras respecto a los problemas sociales y políticos. No hay que ser interclasista, sino que es preciso tomar partido. Hay que arder del ansia de elevar al pobre a un nivel superior. No digo ya a un nivel igual al de la actual clase dirigente. Sino superior: más de hombre, más espiritual, más cristiano, más todo (...)

Y, sin embargo, yo no resplandezco de santidad. Ni siquiera soy un cura simpático. Más bien tengo todo lo necesario para alejar a la gente. Hasta en la escuela soy chinche, intolerante y despiadado. No me hago con los chicos por especiales dones de atracción. Sólo que he sido astuto. He sabido dar al botón que ha hecho saltar sus cualidades más hondas. Yo no tenía riquezas. Ellos eran los que rebosaban y nadie lo sabía.

He tocado su amor propio, su generosidad natural, el ansia social que hay en la atmósfera de nuestro siglo y, por consiguiente, en el fondo de su corazón, el instinto de rebelión del hombre, de afirmación de su dignidad de siervo de Dios y de nadie más.

Experiencias pastorales (BAC, Madrid 2004) p. 172.



Los sustos del maestro

Lorenzo Milan

Carta a su alumno M. Gesualdi 15.12.1963

Esta noche, no pudiendo dormir por la tos, he pensado de repente que era maravilloso ver brotar de mi escuela un vástago vigoroso y diferente, con todos sus celosos secretos, con una infinidad de ideales comunes conmigo y con una infinidad de secretos suyos que no reparte con nadie, ni siquiera con el hermano, cura, padre, que yo soy para él. Que era maravilloso, de viejo, recibir un palo de un hijo, porque es señal que ese hijo es ya un hombre, sin necesidad de ama; y aquí está el fin último de toda escuela: sacar adelante hijos más grandes que ella, tan grandes que se pueden reír. Sólo entonces la vida de esa escuela o de ese maestro ha alcanzado su cumplimiento y en el mundo hay progreso.

Te quiero mucho y pienso siempre en ti. Esta misma noche escupí un poco de sangre (después

ha resultado que no era nada grave), pero en ese momento me ha hecho sonreír de alegría (¿sabes que los hebreos pensaban que la sangre fuera la vida?), me divertía la idea de escupir la vida y no desmayarme (yo que siempre me he desmayado con la sangre) porque la escupía en el momento en que, por fin, había comprendido lo que no había comprendido nunca, esto es, que la escuela debe tender toda ella hacia la espera del día glorioso en que su mejor alumno le diga: "¡pobre vieja, ya no entiendes nada!"; y la escuela responde con la renuncia a conocer los secretos de su hijo, sólo feliz de que su hijo esté vivo y rebelde ■

Dar la palabra a los pobres. Cartas de L.Milani (ACC, Madrid 1995) p. 78.